

Opinión

LIVINGSTONE

¿Qué comen los manatíes?



Llevo unas semanas haciendo un experimento.

En mi mesa de trabajo hay una pequeña bola del mundo que hace girar todo el que se acerca. Gira y gira hasta que la para, siempre con un dedo, y la conversación, cualquiera que fuera, cambia de rumbo y pasa a ser sobre Kansas, Bangalore o Atenas. Sea cual sea la razón que trae a la gente a mi mesa, acabamos haciendo girar el mundo y hablando de lugares, de viajes por hacer, de viajes hechos. De las mejores carreteras; de qué no se puede uno perder y por dónde debe uno perderse; de un plato imprescindible, una anécdota sobre un grifo de ducha parlante en Porlamar o cómo le cambió la cara a aquel pescador de Lalinch cuando recogió el sedal. Siempre hay alguien que cuenta su viaje, alguien que escucha el mío, el nuestro. En esta esquinita de la sede central de Barceló Viajes en la que se encuentra mi mesa de trabajo, los viajeros se intercambian pistas viajeras que no

tienen precio, consejos que no se encuentran en guía alguna, historias que ganarían premios por su originalidad: Bruce Chatwin dejó escrito que se viaja dos veces, cuando se viaja y cuando se escribe sobre el viaje. Bueno, salvando todas las distancias que se quiera, puedo decir que también se viaja dos veces: cuando se viaja y cuando se diseña ese viaje. Por eso, todos miran el mapamundi de Stanford's que cuelga en la pared, al lado de un plafón de corcho tamaño cierre de revista, en el que están colgados mapas, folletos, fotos, bocetos de campañas y docenas de pruebas de portadas de nuestras revistas, Viajeros Barceló y Escapadas Barceló. Todo son estímulos para que el que se acerca a mi burbuja viajera caiga en mi trampa: despertarle el hambre viajera. Algo que no cuesta, porque tengo la gran suerte de que todos quienes me rodean no conciben la vida sin viajar.

Hidratos de carbono, vegetales, comida rápida industrial y salsas pero, también, carnes de texturas inauditas que saben sospechosamente a pollo, insectos, mariscos prehistóricos con caparazones... y mucha agua del grifo. La dieta de estímulos del viajero es tan omnívora que, en sí, es un colmo. ¿Qué es sino pasar de leer una novela negra en una playa del Mediterráneo a descalzarse para entrar a un templo indio, 'ensoparse' de agua en mitad de las cataratas de Niágara o quedarse sin aire contemplando Macchu Picchu? Todos los viajes posibles caben en un viajero, y todo lo demás da igual. Todo vale para, por un instante, disfrutar de la destreza de los artesanos de Fez, de los nenúfares de Monet en la National Art Gallery o de tantas sonrisas como nos encontramos en esos otros mundos que —cuánta razón llevaba Paul Éluard— están en este. Yo disfruto con todos esos momentos: pico en todos los platos.

Y esa dieta mía tiene mucho que ver en mi día a día, en ese día a día vigilado por el plafón en que intento que quepa el mundo, del que cuelgan proteínas viajeras, como en los ganchos de una carnicería en cualquier mercadillo del mundo. Por algo, el departamento que dirijo en Barceló es el de Diseño de Viajes. Viajo mucho y largo, y cuando estoy comiendo picante, o desentrañando

un acento, o cambiando moneda, lo hago con los sentidos alerta para aprender todo lo que pueda darme la experiencia y transmitirla a mi vuelta. Ese es el espíritu por el que me muevo, que no es otro que con el que he viajado siempre: hablando con todo el mundo, no rechazando ninguna invitación, acumulando prensa... hasta conseguir que mis sueños de la noche tengan como banda sonora el idioma del lugar, sea ese una lengua sin vocales o un español líquido sacado del Siglo de Oro. Todos queremos viajar. Sin excepción. Siguiendo con los colmos, puede ser a una playa del sur, al pueblo de los abuelos o a una isla donde el tráfico se mueva en dirección contraria. Una prueba tan veraz como otra cualquiera: cuánta gente concibe como pasatiempo –o como la mejor manera de hacer que el viernes termine– navegar por Internet buscando precios de viajes, *blogs* sobre destinos, información de todo tipo, reseñas del viaje que hicieron el verano pasado o del que van a hacer... Eso es hambre viajera, y todos –por supuesto, tú que me lees, pero también quien tienes al lado, mires hacia donde mires– la tienen.

Hubo una mañana de septiembre en la que una chica tomaba el sol en una playa. Alguien se acercó corriendo a ella por la arena: un chico que corría con la excitación de un niño. El chico se paró frente a la chica, se agachó agarrándose las rodillas, y le dijo, entrecortadamente por el cansancio, que en el embarcadero del otro lado de la playa había varado un manatí. Lo repitió varias veces, hasta que ella se levantó para echarse a correr hacia el embarcadero. Allí, en el agua manchada de aceite y fuel, una mujer acariciaba al manatí, inmenso como un coche. La chica estaba paralizada por la emoción. “Métete”, le dijo la mujer. Ella lo pensó un par de segundos y se arrojó al agua, se acercó al manatí y, tras unos segundos más, le acarició la piel, dura, con mil cortes producidos por las hélices de las embarcaciones. La chica flotaba enfrente del manatí y, de repente, sintió miedo.

–“¿Qué come?”

La mujer, que había salido del agua, le arrojó desde el embarcadero un repollo a la chica.

–“Tranquila, no come personas”, se rió.

La chica arrancó las hojas del repollo, y el manatí comió de ella. Ella comió del manatí, y sigue viviendo ese estímulo años después.

No hay nada como el hambre de viajar. ¿Viajamos juntos?

CLEMENTE CORONA

DIRECTOR DEL DPTO. DE DISEÑO DE VIAJES DE BARCELÓ VIAJES

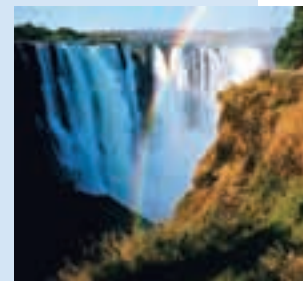
TARJETA DE EMBARQUE

Viajeras olvidadas

POR **CRISTINA MORATÓ**
PERIODISTA Y AUTORA DE 'CAUTIVA EN ARABIA'

Desde los tiempos más remotos, las mujeres han contribuido con sus viajes a un mayor conocimiento geográfico del mundo. Sin embargo, sus nombres no aparecen en los libros dedicados a las grandes exploraciones de la historia; ni un monumento ni una triste placa las recuerda en sus lugares de nacimiento o en los escenarios donde llevaron a cabo sus hazañas. Parece que la exploración del ancho mundo, la búsqueda de lo desconocido, fue empresa exclusiva de aguerridos y barbudos aventureros decimonónicos como Livingstone, Stanley o Burton. Por fortuna, la otra parte de la historia, la protagonizada por audaces viajeras y exploradoras, va saliendo a la luz y nos demuestra que la curiosidad no sabe de sexos.

Aquellas primeras trotamundos no fueron tan “locas” ni “excéntricas” como nos hicieron creer los misóginos hombres de ciencia de su tiempo, más empeñados en ridiculizarlas que en reconocer sus valiosas aportaciones.



Fue justamente en el siglo XIX cuando irrumpieron las más célebres viajeras en una época en la que se creía firmemente que una mujer no estaba preparada, ni física ni mentalmente, para viajar y que el contacto con los nativos salvajes corrompía la pureza de sus almas. Mujeres como May French Sheldon, Ida Pfeiffer, Mary Kingsley o Isabella Bird demostraron con valor y una inquebrantable fuerza de voluntad que la exploración también era cosa de mujeres. Solas, sin el apoyo de la Royal Geographical Society de Londres –que, desde su fundación en 1831, tardaría más de 50 años en aceptar a una mujer entre sus ilustres miembros– y sin escolta, estas audaces damas realizaron los primeros estudios de campo entre tribus desconocidas, levantaron mapas y capturaron especímenes para los más importantes museos del mundo. En sus largas travesías por regiones ignotas, estas damas victorianas se enfrentaron a fieras salvajes, caníbales hambrientos y un clima especialmente mortífero para el hombre blanco. Sus deliciosos relatos de viajes tienen en común la humildad y un agudo sentido del humor a la hora de narrar las peores adversidades. Todo un ejemplo a seguir.